

AQUELLA TARDE DE JULIO.

12 de julio de 1973.

Carolina y yo estábamos sentadas en el bosque frente al lago, como hacíamos todos los días desde el 20 de junio y se inauguró el verano en Times Ville. Carol iba vestida con su particular vestido de flores, que era más propio de la época primaveral, y que remarcaba su hermosa figura y hacía un buen contraste con su bronceada piel. En el pelo, llevaba una fina diadema con tres florecitas, y conjuntaban con sus preciosos ojos azules. ¿Desde hacía cuánto pensaba yo así de Carol? No lo sé, pero cada día que pasaba, me gustaba más y más mirarla.

Yo, como siempre, iba con mi típico atuendo con el que a veces me podían confundir con un chico: unos pantalones estilo boy scout, una camiseta de rallas azules y rojas, y unas chancletas bastante cómodas. Así de simple era el conjunto, al igual que yo. No me gustaba mostrar mis curvas, ya que, si lo hacía, podría sentir dos cosas:

- 1- Que estoy en contra de mi estilo y de mi verdadera personalidad,
- 2- Que estoy mostrando a todo el mundo mis debilidades e inseguridades como cualquier chica de 15 años podría tener, pero es que a mí no me gusta que los demás me vean vulnerable, si no que me vean fuerte y que me tengan respeto.

Lo que si me estaba dando cuenta es de que mi pelo estaba a la altura de los hombros, quizá por ello esta última semana los demás en vez de referirse a mí pensando que soy un chico 100 veces, se han referido a mi como un chico la mitad de veces. La verdad es que me gusta mi nuevo corte de pelo, me daba fresca y un toque diferente.

Mientras yo seguía sumida en mis pensamientos, Carol decidió ponerse en pie y dirigirse al lago. Sus desnudos pies se deslizaban con estilo sobre la verde hierba que había alrededor del lago. Se desabrochó el vestido, y

lo dejó caer sobre sus pies, y se quitó su diademita y la dejó junto al vestido.

La luz solar que golpeaba sobre la figura de Carol dejaba apreciar con perfección su esbelta figura. Tenía un cuerpo hermoso, casi como el de una diosa. Sus proporciones estaban perfectas, y se nota que estaba madurando y que se estaba convirtiendo en una mujer. Se giró y me miró fijamente. Me levanté, y ella seguía a unos pocos metros alejada de mí. Nuestras miradas se cruzaron, y es que no podía apartar la vista de ella.

¿Qué era eso que estaba sintiendo? ¿Con qué palabras podría describirlo? Mi pecho ardía a cada paso que daba acercándome a ella. Ella estaba inmóvil, y nuestras miradas seguían fijas. Su piel color escabeche brillaba más que nunca, como si de un ser sobrenatural se tratase.

Ya estaba a menos de un metro de distancia de ella, y cada vez la situación se iba poniendo más tensa. Alargó su fina mano, casi rozando mi cara, y sentí el impulso de besarla. Su boca y la mía estaban a pocos milímetros de hacer realidad aquel fantástico sueño que aparecía en mi cabeza cada noche y que quería que se hiciese realidad. Lograba notar su respiración en mi cara, y pude percibir que estaba nerviosa. Me fui acercando más y más, cerré los ojos y...

Tik tak, el reloj sonó. La canción "The final Countdown" de Europe interrumpía como cada mañana, mi sueño. Llevaba varias semanas soñando toda la noche con Carol, y soñaba cosas inexplicables para mí hasta ahora. Mientras la canción seguía sonando, mi hermano Jeremías entró a la habitación, como siempre, sin pedir permiso.

- Silvana, ¿puedes ayudarme a buscar la correa del perro? - preguntó Jeremías mientras revolvía todos los cajones de mi habitación de manera desesperada.
- Sí, sí que puedo, pero deja de revolver mis cajones, respeta mi privacidad y déjame tiempo para desayunar. - respondí yo de mala gana.
- Está bien, te espero. - me dijo Jeremías seguido de un beso en la frente.

Jeremías es mi hermano favorito. Somos 7 en total: Mercedes, mi hermana mayor, Alba, que es la que la sigue, los gemelos Álvaro y Carlos, Jeremías, mi hermana Valeria, y yo, Julia, que soy la más pequeña.

Con mis hermanas Mercedes y Alba no tengo a penas relación, y con mis hermanos gemelos me llevo bastante mal, son insoportables. Valeria a veces también puede llegar a ser bastante pija y repelente, a pesar de que no somos una familia con gran poder adquisitivo, y es por ello que Jeremías es mi hermano favorito y el único que me entiende y me escucha. Sólo tenemos 18 meses de diferencia, y físicamente nos parecemos bastante. Es por ello que le cojo su ropa prestada.

Después de desayunar, Jeremías y yo buscamos por toda la casa la correa del perro, pero sin mucho éxito. Fuimos a la laguna a darnos un baño mientras hablábamos de la vida y filosofábamos alegremente.

- ¿Qué tal vas con lo de Carol? - me preguntó Jeremías.
- Bueno...sigo soñando con ella, no sé por qué, si estoy según la sociedad destinada a sentir esos deseos hacia un hombre. - contesté bastante confundida.

En mi casa, la opinión acerca de este tema estaba más que clara: mujeres con hombres y punto. Mis padres pensaban que todo aquello que fuese más allá de lo determinado por Dios y por el Régimen era una aberración. Mi madre siempre nos dijo a mis hermanas y a mí que nuestra obligación como mujeres era cuidar a nuestros maridos, ser obedientes y calladas y criar hijos. Jeremías y yo no estábamos de acuerdo con eso, y creo que mi madre era consciente de ello.

- Hermanita, tienes que hablar con Carol y aclararlo todo. Si yo tengo que ayudaros a que os escondáis para poder desenvolveros libremente, no te preocupes que yo lo haré. - me dijo Jeremías con una sonrisa en la cara.
- Jeremías, pero no sé qué siento por ella, pero sé que jamás había sentido esto con nadie. Y, además, si madre se enterara, ya sabes que me mataría. Me dejaría enclaustrada en mi habitación de por vida, no me hablaría nunca más y me trataría de enferma. - dije con tono de preocupación.

- Mamá no tiene por qué enterarse, Julia, ni lo va a hacer. Tenéis que ser discretas hasta que tengáis la edad suficiente para irnos de aquí, ¿o es que vas a dejar de sentir lo que sientes y de ser libre sólo porque la sociedad no lo vea bien? El amor es amor, y no tiene normas. Tenéis que ser libres y disfrutar al máximo, y ser conscientes de que la vida se acaba un día y que no volveremos a vivir lo pasado. No tengas miedo, simplemente ten cuidado. - contestó Jeremías.
- Gracias por el consejo hermanito. Esta tarde hablaré con Carol en los corrales. - contesté medio nerviosa.
- Eres muy valiente hermanita, y, ahora, hagamos una carrera hasta la orilla a ver quién nada más rápido. - y echó a nadar, y yo lo seguí con todas mis fuerzas.

Más tarde llegamos a casa, y mamá estaba esperándonos con la comida puesta en la mesa. Estaba muy seria hablando con nuestro padre, y es que, habían tomado una decisión.

- Jeremías, hijo, acércate. Tenemos que hablar contigo. - dijo mi madre.
- Dime madre, ¿qué pasa? - contestó mi hermano.
- En septiembre tendrás que marchar al ejército a defender nuestro país. Hemos pensado que debes de aprender disciplina y así puedes volver con 19 años a estudiar Medicina en Madrid. ¿Qué te parece? - propuso mi madre.

Mi hermano salió indignado, él no quería ir al servicio militar. Quería quedarse en casa porque sabía que en el frente podría morir. El ejército francés era mucho más fuerte que el español, y él no se sentía realizado para cumplir con esa labor.

Mi padre salió enfurecido detrás de él:

- ¿Qué te pasa? ¿Es que eres mariquita? ¿Por qué no levantas la cabeza por tu país, que siempre te ha dado todo aquello que necesitabas? Un hombre de verdad cumple con las labores que le

ha otorgado Dios, no las desaprovecha. - gritó mi padre muy enfadado.

Mientras mi padre y Jeremías seguían discutiendo, Carol tocó a la puerta. Esa tarde habíamos quedado para darnos un paseo por el lago, cenaríamos allí y ya volveríamos a la medianoche.

Me costaba mirarla a la cara después de todo lo que había estado soñando con ella estos días atrás. Me sentía culpable y a la vez impura.

- Hola, ¿vamos para el lago? - preguntó Carol con su particular sonrisa.
- Sí, cojo mi bolsa y vamos. - respondí yo con cierta seriedad.

De camino hacia el lago, íbamos hablando de los planes que teníamos para la semana que viene, cuando ella me dijo:

- Estás muy guapa con ese corte de pelo, me gusta. - dijo Carol en un tono agradable.
- Gracias, Carol. Tú también estás muy guapa, como siempre. - le respondí. Se sonrojó y bajó la mirada hacia el suelo, y seguimos caminando sin decir ni una sola palabra.

Llegamos a nuestro destino, y como si de un sueño se tratase, Carol se desnudó en frente mío, y me pareció hasta más bonita que en mis sueños. Mis impulsos de contarle lo que sentía, eran cada vez mayores, y no podía apartar mi vista de su hermosa figura. Se metió al agua, y yo me tumbé en el suelo mirando hacia el cielo. A los pocos minutos, noté unas gotas de agua sobre mi rostro. La cara de Carol estaba a milímetros de la mía, y pequeñas gotas de agua caían de su pelo. Sin pensármelo dos veces, la besé.

Pude sentir cómo se estremecía por la manera en la que nos besamos. Me aparté suavemente, y ella me volvió a acercar a sus labios. No podía creer lo q estaba pasando, y me quité la ropa y nos metimos al lago juntas. No podíamos parar de sonreír y de besarnos. La amaba, y la

amaba con todas mis fuerzas. Aquella tarde de julio, no la olvidaría nunca, porque esto marcaría un antes y un después en mi vida.

Dormimos juntas a orilla del lago aquella noche. Estábamos abrazadas, como si nada importase. Como si la sociedad fuese a nuestro favor, aunque ambas sabíamos que no era así. Ambas sabíamos que, si los demás descubrieran nuestro pequeño secreto, nos matarían. Pero no queríamos pensar en eso. Realmente queríamos sentir nuestras pieles rozándose, los besos que nos dábamos, eso es lo que queríamos sentir.

13 de julio de 1973.

Me desperté sola en el lago. Carol ya no estaba conmigo, y me asusté. No estaba su ropa, ni tampoco su bolso. Salí corriendo hacia su casa, y toqué a la puerta. Me abrió ella. Llevaba el pelo mojado, y sus ojos dejaban ver que había estado llorando. Pasé y me quedé mirándola.

- ¿Tú crees que lo que hemos hecho está bien? - me contestó llorando de la rabia.
- Que dos personas se amen no es un problema, Carol. El problema es la maldita sociedad, que quiere que seamos correctas. Pero, yo te amo, Carol, y esa es la única verdad. - le respondí.
- Márchate, no quiero volver a verte nunca más. - ese comentario me sentó como una bala en el pecho. Estaba herida, me sentía defraudada y vulnerable. Eché a correr de allí mientras lloraba de la rabia. Me costaba respirar, y estaba nerviosa. Cerré los ojos y pensé en ayer. No podía pensar en nada más. La deseaba, y con todas mis fuerzas. La amaba y de verdad.

Corrí hacia su casa de verdad, volví a tocar la puerta, me volvió a abrir y me abalancé sobre ella, y la volví a besar. Nos estuvimos besando por un buen rato, y me dijo:

- Escapémonos. Vámonos de aquí. Vivamos en un mundo sin reglas. - me dijo con cara de súplica.

Organicé el viaje de escapada. Nos íbamos a marchar a Barcelona la semana siguiente, con mi hermano Jeremías.

Pasamos el resto de esa semana juntas, dejando desatar nuestras pasiones, siendo nosotras mismas, y hablando de nuestros planes en el momento en el que lleguemos a Barcelona.

- ¿Me amas? - me preguntó Carol con una mirada dulce.
- Te amo de aquí a la Luna a pasitos de tortuga. - le dije, y le besé con cariño.

A la semana siguiente, partimos hacia Barcelona, y dejamos nuestras vidas atrás. Sólo quería quererla, quería estar con ella, porque realmente necesitaba de ella. Ella, era mi todo. La amé, y la amaré por y para siempre.

Patricia Olivera Ródenas. 4ºB.